

La Comédiathèque

Un pequeño asesinato sin consecuencias

Jean-Pierre
Martinez



comediatheque.net

Este texto se puede leer gratuitamente.
Sin embargo, cualquiera representación pública,
sea profesional o aficionada (incluso gratuita)
debe ser autorizada por la Sociedad de Autores
encargada de percibir los derechos del autor
en el país de representación de la obra
Contactar con el autor :
comediatheque.net

Un pequeño asesinato sin consecuencias

Una comedia de Jean Pierre Martínez

Desde el adulterio involuntario hasta el homicidio del mismo nombre,
solo hay un paso, fácilmente negociable. Más difícil es eliminar el cuerpo del delito...

PERSONAJES

Victoria
Carlos
Jorge

ACTO 1

Un salón burgués-bohemio, algo desordenado. Un teléfono celular abandonado en el suelo suena en el vacío. Victoria llega, visiblemente preocupada. Tiene sangre en sus manos. Mira el teléfono sin tomarlo.

Victoria – Y mierda...

El teléfono deja de sonar. Saca un pañuelo, toma suavemente el teléfono y lo desliza en su bolsillo. Apresuradamente pone un poco de orden en la habitación. Recoge en el suelo una blusa manchada de sangre, parece asustada.

Victoria – Oh, no, eso no es cierto...

Suena el timbre de la puerta. Mete la blusa debajo de un cojín del sofá. Vuelven a llamar a la puerta.

Victoria – ¡Ya voy!

Desaparece un momento para abrir y regresa después de Carlos, su esposo.

Carlos – Disculpa, olvidé mis llaves otra vez. De todos modos, hoy todo sale mal. Tuve que defender a una mujer acusada de homicidio intencional. Te reirás. Una que cortó a su esposo en tres pedazos con una sierra de calar. Y te das cuenta de que... *(Nota que Victoria no escucha)* Parece que no te va, tú... ¿Todavía estás bloqueado con tu nueva idea de comedia?

Victoria – Sí, pero ese no es el problema...

Carlos – Estás empezando a asustarme. ¿Cuál es el problema? ¿No me digas que tu madre viene a cenar?

Victoria – No, no, no te preocupes...

Victoria se sienta en el sofá.

Carlos – En ese caso, no puede ser tan malo. Por cierto, ¿qué quieres comer? Realmente no quiero cocinar... Podríamos pedir sushi y comer mientras vemos la televisión, ¿verdad?

Victoria – Sí... Bueno, no... No estoy de humor para eso, ya ves.

Carlos – Solo se trata de tragarse un rollo de sushi... *(Carlos se sienta a su lado en el sofá y lo besa.)* No es como si te estuviera proponiendo follarte salvajemente, ahora mismo, en la alfombra de la sala de estar. *(Frente a su falta de entusiasmo)* ¡Qué entusiasmo...! Bien... pediré dos menús. La ventaja con el sushi es que no se enfriará...

Victoria – No es como los cadáveres.

Carlos expresa su asombro al escuchar este comentario morboso.

Carlos – Bien... Mientras esperamos la entrega, me contarás tus desgracias y haré lo imposible para devolvarte tu alegría de vivir... (*Toma su teléfono móvil y comienza a marcar un número.*) ¿Dulce o salado?

Victoria – ¿Qué?

Carlos – ¡La salsa, para sushi! ¿Dulce o salado?

Victoria – Me da igual...

Se levanta y camina por la habitación.

Carlos – Uno de cada uno, como siempre... (*A su interlocutor*) Sí, es para entrega a domicilio. Dos menús de California. Así es, calle de la Virgen, número 2... Traiga dulce y salado. Muy bien, gracias... (*Guarda su teléfono celular.*) En media hora... Vamos, ven y siéntate a mi lado. Papá te cuidará... (*Mueve un cojín para dejarle espacio, y ve la blusa ensangrentada*) ¿Qué es este horror? ¿Qué ha pasado? (*Al ver la sangre en las manos de Victoria*) ¿estás herida?

Victoria – No, yo... No es mi blusa, y tampoco es mi sangre...

Carlos – ¿Es la sangre de quién, entonces?

Victoria – Escucha, Carlos, creo que maté a alguien...

Carlos – ¿Crees que qué? ¿De qué estás hablando?

Victoria – No, en realidad... no lo creo... estoy segura...

Carlos – Pero, Victoria, eso no es posible. No se mata a alguien, así como así. Mira, yo, por ejemplo. Muchas veces he querido matar a tu madre y aún no lo he hecho. ¿Y sabes por qué?

Victoria – No...

Carlos – Porque no soy una criminal, ¡por eso! No sigo mis impulsos. Reflexiono. Considero los pros y los contras. Y creo que veinte años en prisión, aún sería demasiado costoso por el placer que me daría en el momento de estrangular a tu madre.

Victoria – Debemos creer que algunas mujeres resisten mucho menos sus impulsos.

Carlos – Escucha, Victoria, veo todos los días criminales en el juzgado. Y créeme, no tienes el perfil para el papel en absoluto...

Victoria – Yo también pensé eso... Hasta ahora.

Carlos – ¡Es una idea para tu nueva obra de teatro!

Victoria – ¿Cómo?

Carlos – ¿La historia de un hombre que regresa a casa después de su día de trabajo y a quien su esposa anuncia que ella ha matado a su amante? Quieres poner a prueba tu idea sobre mí, ¿verdad?

Victoria – No me jodas, Carlos, maté a alguien, ¿cómo te digo que me creas?

Carlos – No es suficiente pretender ser un asesino, ¿sabes? Todavía debe ser probado.

Victoria – ¿Ah sí...?

Carlos – Si supieras cuántas personas se acusan erróneamente de un delito que no cometieron. La semana pasada, en la corte, defendí a un monaguillo, acusado de asesinar a un sacerdote. Bueno, te vas a reír, pero había media docena de otros monaguillos que también se jactaban de matarlo... Casi tuve que luchar para convencer al juez de que mi cliente era el culpable.

Victoria – Bien... ¿Y cómo lo resolviste?

Carlos – Era muy simple... Solo él quien sabía bajo qué árbol había enterrado el cadáver del hombre santo.

Victoria – ¿Y entonces?

Carlos – ¿Y entonces...? ¿Dónde está el cuerpo?

Victoria – Está aquí al lado, en la cocina.

Carlos de repente parece darse cuenta de la gravedad de la situación.

Carlos – ¿En la cocina? Estás bromeando...

Victoria – ¿Quieres ir a ver?

Carlos mira hacia la cocina, duda, pero se da por vencida.

Carlos – Pero... ¿qué ha pasado? ¿Y quién es?

Victoria – Es... Cristina.

Carlos – ¿Cristina?

Victoria – Cristina.

Carlos – Oh, no... no Cristina...

Victoria – ¿Hubieras preferido que asesinara a otra?

Carlos – Dios mío, Victoria... Dime que no es verdad...

Victoria – Me gustaría... Desafortunadamente...

Carlos – Eso es una broma, ¿verdad?

Victoria – Es su blusa la que tienes en tus manos. Mira... sus iniciales bordadas en el cuello.

Carlos echa una mirada alucinante a los gemelos.

Carlos – C.S...

Victoria – Cristina Sánchez. Además, excepto Cristina ¿Conoces a alguien más que todavía borda sus iniciales en el cuello de su ropa?

Carlos – Pero Victoria... ¿por qué?

Victoria – Fue un accidente...

Carlos – ¿Un accidente? ¿Quieres decir... un accidente doméstico?

Victoria – Podemos llamarlo así, sí...

Carlos – ¡Habla claro! Cortaste los setos en el jardín, no viste que ella estaba orinando justo detrás y le cortaste la carótida sin querer... Si es algo así, no te preocupes, no es un delito. Con un buen abogado...

Victoria – Por desgracia, en realidad no fue así...

Carlos – ¿Cómo fue?

Victoria – Digamos que fue... homicidio involuntario.

Carlos – ¿Involuntario?

Victoria – Tuvimos una discusión.

Carlos – ¿Una discusión? ¿Querrás decir una pelea?

Victoria – Sí, eso es... Una pelea, si así lo quieres...

Carlos – Una pelea violenta, así que...

Victoria – Lo suficientemente violenta como para matarla. Pero ya no tengo ganas de responder un interrogatorio.

Carlos – Discúlpame... Deformación profesional.

Victoria – Lo que es seguro es que la maté.

Carlos se descompone.

Carlos – Todo es por mi culpa...

Victoria – ¿Qué?

Carlos – Bueno, no directamente, pero...

Victoria – ¿Cómo que es tu culpa?

Carlos – Victoria. Un crimen pasional, se justifica muy bien, ya sabes.

Victoria – ¿Un crimen pasional? ¿Quieres decir... ¿Cristina y yo?

Carlos – La mataste porque me acosté con ella, ¿verdad?

Victoria – ¿Te acostaste con Cristina?

Carlos – ¿No es por eso que la mataste?

Victoria – ¡No sabía que te habías acostado con ella!

Carlos – Fue hace mucho tiempo...

Victoria – ¿Cuánto tiempo?

Carlos – Yo que sé... seis meses, más o menos...

Victoria – ¿Eso es mucho tiempo?

Carlos – Fue... un accidente.

Victoria – Eso es todo... ¿Un accidente doméstico?

Carlos – No fue gran cosa, Victoria... Solo sucedió una vez. Nunca me gustó...

Victoria – Me tranquiliza mucho, claro, que puedes acostarte con tías que no te gustan.

Carlos – ¡Tías no! Fue solo Cristina, te lo aseguro. ¡Fue un simple malentendido! ¡Cristina! ¿pero me imaginas con Cristina?

Victoria – Te recuerdo que es mi mejor amiga.

Carlos – Te recuerdo que la has matado.

Victoria – ¿Y cómo sucedió entonces?

Carlos – Fue... un malentendido.

Victoria – Ya veo... adulterio involuntario, por así decirlo

Carlos – ¡Exactamente!

Victoria – Nunca he escuchado una explicación tan estúpida. ¿Entonces esa es tu única defensa?

Carlos – No cambiemos de roles. Eres tú quien ha cometido un crimen, no yo. Y ahora, depende de ti explicárselo a la policía.

Victoria – ¿Cómo que la policía? ¿Tienes intención de denunciarme?

Carlos – ¿Qué quieres que hagamos?

Victoria – A ver, eso es lo que quería hacer antes de que llegases. Pero ahora que sé que Cristina es tu amante... ¡Nunca se van a creer que fue un homicidio involuntario!

Carlos – ¡Ahora es culpa mía! Y no es mi amante, como dices. ¡Solo dormimos juntos una vez!

Victoria – De todos modos, creerán que fue por venganza, que fue un acto premeditado. ¡Me pasará la vida en chirona!

Carlos – Les explicaremos...

Victoria – ¿Sobre el adulterio involuntario, quieres decir?

Carlos – ¡Hola! Yo no he matado a nadie.

Pausa.

Victoria – Entonces, ¿qué hacemos?

Carlos – ¿Cómo que *hacemos*? Yo no tengo nada que ver con esto...

Victoria – ¿De qué hablas? ¿No me vas a dejar tirada? ¿Me engañas con mi mejor amiga y ahora que la he matado, te lavas las manos?

Carlos – Cuando la mataste, ¿no sabías que me había acostado con ella todavía!

Victoria – No juguemos con las palabras, ¿quieres?

Carlos – Y a propósito ¿Por qué la mataste?

Victoria – Fue una gilipollez.

Carlos – Te escucho...

Victoria – Digamos que... no le gustó mi última obra.

Carlos – ¿Tu última obra? ¿Microondas?

Victoria – Sí.

Carlos – Pero ¿cómo le va a gustar si fue un coñazo?

Victoria – Gracias por la delicadeza de recordármelo...

Carlos – Te dije que tenías que cambiar el título... ¿Y por eso la mataste? ¿Porque te dijo que no le gustaba? ¡Si todo el mundo pensó que era una mierda!

Victoria – Creo que se despertó la bestia de la envidia oculta durante años. Siempre tuve pique con Cristina, hasta con los chicos... desde el instituto.

Carlos – ¿Bien y después?

Victoria – Llegamos a las manos. Se resbaló y se dio una hostia con el pico de la mesa.

Carlos – Al ver toda esa sangre en la camisa, estaba pensando en una puñalada.

Victoria – La sangre brotó por todas partes. Por los ojos, por la nariz, por las orejas. Convulsionó durante un largo cuarto de hora. Y luego nada.

Carlos – ¿Y no se te ocurrió llamar a urgencias?

Victoria – No, pero te digo que pasó un cuarto de hora, tal vez fueron unos minutos o unos segundos. Estaba en pánico. Paralizada. No me di cuenta. Cuando decidí llamar, ya era demasiado tarde... (*Llaman a la puerta, Victoria parece preocupado.*) ¿Crees que son ellos?

Carlos – ¿Quién? ¿Urgencias?

Victoria – ¡La policía!

Carlos – Si no los llamaste...

Victoria – Los vecinos pueden haber escuchado algo.

Carlos – Ah, no, debe ser Jorge...

Victoria – ¿Jorge? ¿El marido de Cristina? ¿Pero cómo se ha enterado?

Carlos – Él no lo sabe. Me llamó hace una hora. Me había olvidado por completo. Quería hablar conmigo sobre algo importante. Le dije que viniera.

Victoria – No abras.

Carlos – Le parecerá raro. Le dije que estaría aquí.

Victoria – Tienes razón... Así que atiéndelo tú. Me voy a esconder en la cocina.

Carlos – ¿No crees que es mejor contarle todo? Y terminamos con...

Victoria – ¿Contarle que el cadáver de su mujer yace en el suelo de la cocina en un charco de sangre? ¿De verdad crees que es la forma correcta de decirle que es viudo?

El timbre vuelve a sonar.

Carlos – OK... Intentaré evitar el tema.

Victoria – Sobre todo, que no entre a la cocina.

Victoria va a esconderse en la cocina. Carlos vuelve a poner la blusa debajo del cojín.

Carlos – ¡Ya voy!

Carlos sale y regresa un momento después con Jorge.

Jorge – Disculpa por venir así, casi sin avisar. ¿Cristina está aquí?

Carlos – ¿Cristina? Qué cosas tienes... No, ¿por qué?

Jorge – Creo que vi su moto abajo, pero bueno. Una moto u otra. Todas son iguales, ¿verdad?

Carlos – Sí... Sí...

Jorge – ¿Y Victoria?

Carlos – Sí, sí, ella está aquí, pero... está trabajando. En su nueva obra de teatro. Ya la conoces, cuando escribe...

Jorge – Entiendo... sobretodo después del desastre que hizo con su última obra... ¿Cómo se llamaba?

Carlos – Microondas.

Jorge – Era obvio que iba a quemarse.

Carlos – Supongo que no viniste aquí para hablar de eso...

Jorge – Siento mucho molestarte. Sé que no es el momento adecuado, pero es importante.

Carlos – ¡No te preocupes! No me molestas. Si no puedes contar con tus amigos cuando los necesitas... ¿Quieres beber algo?

Jorge – No, gracias, estoy bien así...

Carlos – Perfecto... Quiero decir... Por favor, siéntate... (*Jorge está a punto de sentarse en el sofá, cerca del cojín donde está oculta la camisa*) ¡Uh...! ¡no!, siéntate aquí, espera.

Carlos le ofrece a Jorge un taburete bastante incómodo.

Jorge (*sentándose*) – Vale...

Carlos – No, porque ese sofá ya sabes cómo es... Es muy fácil conciliar el sueño. Estoy un poco cansado y quiero concentrarme en escucharte... (*Él toma un asiento similar y se sienta también.*) Entonces, ¿Qué es eso tan importante que me quieres decir?

Jorge – Bueno... no te lo vas a creer... acabo de descubrir que Cristina me engaña.

Carlos – ¿Y no lo sabías?

Jorge – No. ¿Por qué? ¿Tú lo sabías?

Carlos – ¡Para nada! Quise decir... ¿Y ya sabes quién es?

Jorge – No exactamente.

Carlos – Mejor, mejor ...

Jorge – ¿Cómo que mejor?

Carlos – No, quiero decir, ¿no sería peor que supieras quién?

Jorge – Yo que sé...

Carlos – Eso no es tan importante, después de todo. La conclusión es que te está engañando, ¿verdad?

Jorge – Sí... Bueno, tienes razón. Lo peor sería que me engañara con alguien que yo conozca.

Carlos – Sí...

Jorge – ¿Te imaginas? ¿Saber que tu esposa te está engañando con tu mejor amigo?

Carlos – ¿Pero de qué estás hablando?

Jorge – Tranquilo. Nunca te haría algo así.

Carlos – Gracias.

Jorge – Da igual se acabó. Me voy a divorciar.

Carlos – No te dejes llevar por la emoción... Es una decisión muy importante, ¿eh? Puede haber sido un accidente...

Jorge – ¿Un accidente? ¿Cómo es eso? ¿Crees que se engaña a alguien por accidente? ¿Por qué uno no se da cuenta? ¿Porque tenemos la cabeza en otro lado? Luego doy un parte y el seguro me lo paga.

Carlos – No, por supuesto, pero...

Jorge – Al llegar a casa, la mujer le dice a su marido: por cierto cariño, olvidé decirte que tuve un pequeño accidente, golpeé el pene del vecino con mi vagina.

Carlos – ¿También al vecino?

Jorge – ¡Pero... que es un ejemplo! ¿Estás seguro de que estás bien? Siento que esta historia te molesta aún más que a mí.

Carlos – Estoy preocupado por ti. Vosotros erais una pareja tan... Cuando decíamos Cristina y Jorge, era como...

Jorge – Como decir Victoria y Carlos.

Carlos – Entonces imagina como me siento yo cuando me dices que te vas a separar...

Jorge – ¿Qué te parece? Nada es para siempre.

Carlos – Es cierto.

Jorge – En cualquier caso, nunca más volveré a dormir bajo el mismo techo que esa zorra.

Carlos – Entiendo, por supuesto...

Jorge – Y cuento contigo para mi divorcio, ¿eh?

Carlos – ¿Eso... tú crees que...? No sé si... los conozco a los dos, podría ser vergonzoso.

Jorge – ¿Estás bromeando? Eres mi amigo. Cristina es más amiga de Victoria. Los dos nos conocíamos bien antes de conocerlas, ¿verdad?

Carlos – Eso es correcto...

Jorge – Todas las mujeres son unas zorras, te lo aseguro... Bueno, no digo eso por Victoria, por supuesto.

Carlos – Está claro.

Jorge – Aunque las mujeres, ya sabes... Todas iguales...

Carlos – Te aseguro que Victoria...

Jorge – La vas a matar ¿verdad?

Carlos – ¿A Victoria?

Jorge – ¡A Cristina! Eres el mejor, ¿no? ¡Como abogado! Es la reputación que tienes.

Carlos – Ah, bien...

Jorge – Me lo dijo Paloma. Tú te encargaste de su divorcio.

Carlos – Ah ¿Sí?

Jorge – Estaba casada con un dentista. Aparentemente, cuando las pacientes se tumbaban en la silla de su consulta, no solo era para enseñarle sus dientes... Me dijo Paloma que dejaste a su marido sin un duro.

Carlos – No exageres... Ese no es exactamente el papel de un abogado, ya sabes... Un divorcio es, ante todo, el fracaso de un proyecto de vida. Lo primero es intentar que una separación sea lo menos dolorosa.

Jorge – No seas tan modesto. Confío en ti. Sé que vas a desangrar a Cristina.

Victoria regresa con un delantal manchado de sangre.

Victoria – Hola.

Jorge – Hola Victoria. Me decía Carlos que estabas escribiendo tu nueva obra...

Victoria – Sí, y estaba cocinando al mismo tiempo...

Jorge – ¿De verdad...?

Victoria – ¿Sabes? escribir tiene mucho que ver con cocinar... buenos ingredientes al principio, una buena receta, un poco de sal, un poco de pimienta. Después, dejas que hierva a fuego lento...

Jorge – No sabía que además de ser una gran dramaturga, eras un chef de alto nivel...
¿Y cuál es tu especialidad?

Victoria – Paté de jabalí.

Carlos – Su famosa receta “secreta”. Cuando hace eso, nadie tiene derecho a entrar en la cocina...

Victoria – ¿Cómo estás?

Carlos – Cristina nos dejó... Quiero decir, Jorge... Él decidió dejar a Cristina...

Victoria – ¡No!

Jorge – Sí. Acabo de enterarme que esa zorra me estaba engañando. ¿Tú sabías algo?

Victoria – ¿Yo? ¿Por qué iba a saber algo?

Jorge – Solidaridad femenina, sé lo que es. Cuando se trata de proporcionar una coartada para una amiga. O incluso una habitación de invitados...

Victoria – Te aseguro que te estás equivocando, Jorge. ¡En fin! Somos amigos, ¿Cómo puedes pensar eso?

Jorge – Disculpa, son los nervios... Es que acabo de enterarme...

Carlos – Tranquilo, quédate aquí un rato, te calmas un poco. Luego te vas a casa a dormir y mañana hablaremos. Con más calma ¿vale?

Jorge – ¿En casa? Ya te lo he dicho, no voy a regresar. Además, quería pedir un gran favor...

Victoria – Si... Tú dirás.

Jorge – ¿Os importa si duermo aquí esta noche?

Carlos – Esta noche es que...

Jorge – Mañana buscaré una solución... Igual me voy con mi madre. Aun no lo sé, pero esta noche... (*Comienza a sollozar*) no quiero estar solo... Y vosotros sois mis únicos amigos...

Carlos se acerca a ella para consolarla.

Carlos – Sí, por supuesto...

Jorge – Sabía que podía contar contigo... No podría hablar con mi madre en este momento. Ella odiaba a Cristina. Siempre me advirtió que era una ninfómana. Lamentablemente, tenía razón y no quiero escuchar sus lecciones morales por ahora.

Carlos – Pero por supuesto, estamos contigo. ¿Verdad, Victoria?

Jorge – Sois unos verdaderos amigos. Eso me emociona mucho...

Jorge cae en los brazos de Carlos.

Carlos – No te preocupes, todo se resolverá... Bueno, eso espero...

Victoria – Os dejo chicos, terminaré mi paté...

Carlos la mira irse, horrorizado.

Jorge – Si la tuviera aquí, frente a mí, no sé lo que le podría hacer, te lo juro... A mí también me dan ganas de convertirla en carne picada, esa cerda.

Carlos – Vamos, no digas eso... No será necesario...

Jorge – Realmente lamento involucrarte en este asunto.

Carlos – ¿Estás mejor?

Jorge – Un poco... tienes algo de beber ...

Carlos – Uh... Sí... ¿Qué quieres?

Jorge – Un vaso de agua del grifo estará bien. Pero no te molestes, yo mismo voy a la cocina.

Carlos – ¡No!

Jorge – Ah sí, lo olvidé... La receta secreta. El paté de jabalí.

Carlos – Lo que necesitas es algo fuerte, créeme.

Jorge – No sé si...

Carlos – Te acompañaré. Yo también... necesito beber algo fuerte.

Jorge – Ah ¿Si?

Carlos saca de un armario, una botella y llena dos vasos. Levanta su copa para brindar.

Carlos – No te vamos a defraudar, ¿eh? (*Preocupado*) Saldremos adelante ¿Verdad?...

Carlos se echa a llorar, y esta vez es Jorge quien se acerca para consolarlo.

Jorge – Sabía que eras un amigo, pero francamente, no pensé que te afectaría así...

Carlos se recupera.

Carlos – Vamos a beber. Eso no hará que Cristina regrese, pero nos relajará.

Carlos vacía su vaso de un trago. Jorge la imita.

Jorge – Está bueno... Esto podría despertar a un muerto...

Carlos – Si tan solo...

Jorge – ¿Qué es?

Carlos – Licor de bellota.

Jorge – Ah sí, es... Sabe muy bien... No está tan fuerte, de hecho, ¿No?

Carlos – No.

Jorge – En cualquier caso, limpia los bronquios...

Carlos – Sí...

Silencio.

Jorge – ¿Cómo he podido ser tan estúpido...?

Carlos – ¿Lo qué?

Jorge – ¡Con Cristina! Nunca se me ocurrió que...

Carlos – Volverá, es solo una pesadilla, ya lo verás, y todos nos despertaremos.

Jorge – No creo... Me has preguntado antes si sabía quién era...

Carlos – ¿Quién?

Jorge – ¡La persona con quien Cristina me engañó!

Carlos – ¿Y qué sabes tú?

Jorge – Si solo hubiera una...

Carlos – ¿Cómo es eso? ¿Había más de una?

Jorge – Al descifrar la contraseña del ordenador, descubrí por casualidad, que Cristina tenía una cuenta en un sitio de citas...

Carlos – Un sitio de...

Jorge – Encuentrossinropa.com... No es con un hombre que me engaña, Carlos. ¡Es con cientos!

Carlos – ¿No?

Jorge – Te digo que es una verdadera obsesión sexual. Viejos, jóvenes, gordos, delgados, rubios, morenos... Para eso, no tiene preferencias. Ella tiene sexo con todo lo que se mueve.

Carlos – ¿Ah si...?

Jorge – Y si vieras los vídeos...

Carlos – Ah porque además, pone los vídeos de...

Jorge – ¡Parece otra! Nunca lo hubiese imaginado, te lo digo. Porque conmigo, es tan sosa...

Carlos – Sí, conmigo también... Quiero decir... Victoria, conmigo.

Jorge – Ten cuidado. Creemos que las conocemos, y luego un día...

Se escucha el sonido de un cuchillo eléctrico, un cortasetos o una motosierra.

Carlos – Está cortando los setos...

Jorge – ¿Mientras hace su pastel de jabalí?

El ruido se duplica.

Carlos – Tal vez sea mejor que vaya a ver qué está haciendo... vete a la habitación de invitados, ponte cómodo.

Jorge – De acuerdo. No te molestes, sé el camino... Y gracias de nuevo por todo.

Jorge se va. Victoria regresa.

Victoria – ¿Dónde está Jorge?

Carlos – Lo estrangulé y lo metí en la bañera. Mejor eliminar todos los testigos problemáticos.

Victoria – ¿Qué?

Carlos – ¡No, por supuesto! ¿Y tú? ¿Puedes explicarme qué está pasando? ¿Qué era ese ruido?

Victoria – No podía dejarla allí en medio de la cocina.

Carlos – Pero ¿qué has hecho, Victoria?

Victoria – La metí en el congelador. Ya decidiremos qué hacer con el cuerpo.

Carlos – Y mientras tanto, ¿cortaste los setos? ¿En la cocina?

Victoria – No, pero... no cabía entera en el congelador...

Carlos – Dios mío... Pero esto no es posible... ¿Cómo hemos llegado a esto, Victoria? Voy a llamar a la policía de inmediato.

Carlos saca su teléfono celular

Victoria – ¿Quieres mandarme a cárcel?

Carlos – Ese es el lugar de los criminales, ¿no?

Victoria – Te repito que fue un accidente.

Carlos – ¿Estás segura de que está muerta?

Victoria – ¿Querrás decir que si estoy segura de que estaba realmente muerta antes de cortarla en tres pedazos con el cortasetos?

Carlos – Nunca pensé que algún día oiría eso de la mujer con la que me casé.

Victoria – Conoces la fórmula... Para lo bueno y para lo malo... Tenías que pensarlo antes.

Carlos – ¿Antes de qué?

Victoria – Antes de engañarme con Cristina.

Carlos – Te has vuelto loca, Victoria. Necesitas ayuda. Lo dijiste tú misma, es un homicidio involuntario. Alegaremos “locura transitoria”.

Carlos marca un número.

Victoria – No lo hagas

Carlos – Esa es la única solución, te lo aseguro.

Victoria – Serás considerado mi cómplice.

Carlos – ¿Y por qué?

Victoria – Su marido está aquí y no le has dicho nada.

Carlos – ¿Pero por qué yo querría hacer eso?

Victoria – ¡Porque ella también te estaba engañando! Querías venganza.

Carlos – ¿Cómo me engañó?

Victoria – Os escuché antes. La conozco y sé que tiene una cuenta en ese sitio de citas.

Carlos – ¿Entonces lo sabías?

Victoria – Ya sabes, cuando se trata de follar, las mujeres suelen alardear mucho... A veces, incluso me pregunto si no engañan a sus maridos solo por el placer de presumir de ello con sus amigas.

Carlos – ¿Y no me dijiste nada?

Victoria – ¿De qué te habría servido saber? Además de ponerte en una situación embarazosa frente de Jorge...

Carlos – Ya veo, fue para protegerme, en resumen. De todos modos, yo no tenía ninguna razón para matar a Cristina.

Victoria – ¿Tú crees...?

Carlos – ¿Por qué iba yo a matar a Cristina?

Victoria – Celos, tú también. Como Jorge...

Carlos – Pero estás loca...

Victoria – Pensaste que eras el único. No podías soportar descubrir que eras solo una de sus muchas conquistas. Y cuando te dije que quería matarla, me ayudaste.

Carlos – ¡Estás realmente loca, Victoria!

Victoria – Los dos estamos locos. Dios los cría y ellos se juntan. Ya puedo ver los titulares de los periódicos: “Pareja diabólica descuartiza el cadáver de la mujer de su mejor amigo y lo mantiene en el congelador. Antes de cenar tranquilamente en la habitación contigua con el viudo.”

Carlos – ¡Contarías una historia como esa a la policía! Solo para arrastrarme contigo en tu caída. ¡Es monstruoso!

Victoria – ¡Pero no seré yo quien lo diga! Eso es lo que pensará el juez. Incluso si mantengo que soy la única culpable, él estará convencido de que quiero protegerte.

Carlos parece desestabilizada.

Carlos – ¿Eso crees?

Victoria – De todos modos, será el final de tu carrera como abogado. ¿Cómo confiar su divorcio a alguien que corta a sus amantes con un cortasetos?

Carlos – Tienes razón

Victoria – ¿Y luego te ves diciéndole al juez que me engañaste por error?

Carlos – ¡Pero eso es cierto, te lo aseguro!

Victoria – ¿Un adulterio involuntario? Dime cómo es eso posible, para ver si puedes convencerme...

Carlos – Fue el fin de semana que fuiste de viaje para el estreno de Microondas, precisamente. Ese mismo día tuve también que viajar para un juicio que finalmente se pospuso.

Victoria – Di más bien que no quisiste presenciar mi naufragio...

Carlos – De todos modos, no estábamos ni tú ni yo. Y se suponía que la casa estaba vacía.

Victoria – Cristina me había pedido que le dejara las llaves, para encontrarse con una de sus conquistas. ¿Entonces fuiste tú?

Carlos – ¡No! Bueno, sí. Regresé por la noche inesperadamente. ¡No sabía que le habías prestado la casa... y nuestra cama para dormir con una de sus amantes!

Victoria – Es la única cama doble en la casa... ¿Y qué más pasó?

Carlos – Entonces me fui a la cama directamente.

Victoria – Con Cristina...

Carlos – ¡Vi que había alguien en la cama, pero pensé que eras tú! Pensé que habías decidido volver esa misma noche inmediatamente después de tu primera función. Como sabía que sería un fracaso, no me sorprendió...

Victoria – Gracias...

Carlos – No hice un ruido para no despertarte.

Victoria – Pero tu compañera se despertó de todos modos.

Carlos – El tío con el que quedó Cristina se había ido en medio de la noche, probablemente. Y aparentemente, ella quería darle una segunda vuelta.

Victoria – Entonces tú hiciste el cambio y jugaste el segundo tiempo.

Carlos – Debí de confundirme con él y no fue hasta la mañana siguiente que me di cuenta de que no eras tú la que estaba en la cama. Aunque es verdad, me pareció algo extraño.

Victoria – ¿Por qué, fue mejor de lo habitual?

Carlos – No he dicho eso... Digamos que no fue lo mismo... Y luego no entendí por qué quería llamarme Paco 69.

Victoria – Te gustó el jueguecito, ¿verdad?

Carlos – Digamos que... ya no estaba acostumbrado a tanta... fantasía.

Victoria – Y encima, ¿te burlas de mí?

Jorge regresa.

Jorge – Disculpa... ¿Podrías prestarme un cepillo de dientes? Me fui como loco. No planeé...

Victoria – En cualquier caso, esta noche, evita cometer un error en la cama... Nunca se sabe...

Jorge – Uh sí...

Victoria – Os dejo... Debéis tener muchas cosas que contaros... Experiencias para compartir ...

Él sale.

Jorge – ¿Qué quiso decir?

Carlos – No lo sé... De todos modos ...

Jorge – ¿Qué?

Carlos – Me acusa de haberla engañado.

Jorge – Y... ¿es verdad o no?

Carlos – Fue adulterio... involuntario.

Jorge – ¿Un adulterio involuntario...? ¿Es una broma?

Carlos – No.

Jorge – ¡Ah!...

Carlos – Llegué a casa un día. Había una mujer en mi cama. No fue hasta la mañana siguiente que me di cuenta de que no era mi mujer...

Jorge – ¿Estás bromeando?

Carlos – No.

Jorge – ¿A quién le quieres hacer creer eso, Carlos? No a tu mujer, espero...

Carlos – Tienes razón... Es completamente inverosímil.

Jorge – Es una pena. ¿Te imaginas? El placer sin la culpa.

Carlos – Y sin un castigo...

Jorge – ¿Y al menos valió la pena?

Carlos – Yo...

Jorge – Engañar sin saber que estás engañando... No es engañar de verdad. (*Risa nerviosa, pero Jorge de repente se toma en serio.*) Pero te digo que si Cristina se atreviera a contarme una historia tan estúpida, sería porque realmente me toma por tonto...

Carlos – Ah sí... Pero ... ¿No crees que en una pareja, también debes saber perdonar?

Jorge – ¿Perdonar? Te aseguro que podría matarla.

Carlos – Supongo que es una forma de hablar.

Jorge – Nunca has pensado en matar a alguien.

Carlos – Dios mío...

Jorge – Si Victoria te engañara, por ejemplo, ¿podrías matarla?

Carlos – ¿Por qué? ¿Tienes alguna información en particular sobre eso?

Jorge – No, no, para nada...

Carlos – Y... Y tú, entonces, ¿nunca engañaste a Cristina?

Jorge – No... Bueno... depende de lo que se llama engañar.

Carlos – Oh, ¿sí?

Jorge – Quiero decir, técnicamente... ¿Una mamada no es engañar, verdad?

Carlos – No sé... ¿dímelo tu?

Victoria regresa.

Victoria – Bueno... ya podemos cenar.

Jorge – Ah sí, es cierto... Paté de jabalí...

Carlos – Me voy a refrescar un poco...

Carlos sale. Silencio.

Jorge – ¿Se lo has contado?

Victoria – ¿Qué?

Jorge – Nuestro pequeño desliz, el año pasado el día de Año Nuevo.

Victoria – ¡No! ¿Por qué?

Jorge – No lo sé... me parece que está un poco raro...

Victoria – No es eso, te lo aseguro.

Jorge – No debe ser, porque nunca volvimos a hablar de eso... Estaba un poco borracho. Tú también... Pero no significó nada, ¿estamos de acuerdo? Fue solo... un pequeño accidente.

Victoria – Oh, no... No te vas a poner tú también, con tus accidentes...

Jorge – Perdonas por hablar de esto otra vez, no debería haber...

Victoria – Ya está olvidado.

Carlos regresa, con un aire ligeramente perturbado.

Carlos – ¿Entonces nos comemos ese jabalí?

Suena el timbre.

Victoria – ¿Quién podría ser?

Carlos – ¿La policía?

Jorge, intrigada por su comportamiento extraño, les da una mirada preocupada.

Victoria – Yo voy... Si no volviera en cinco minutos, llama a mi abogado...

Carlos le echa una mirada a Jorge para tranquilizarla.

Carlos – Es un pequeño juego entre nosotros.

Jorge – Está bien...

Carlos – ¿Te gusta el jabalí?

Jorge – Sí, normal.

Victoria regresa con un paquete.

Victoria – El sushis.

Carlos – Ah sí, es cierto, lo había olvidado por completo.

Jorge – ¿También pediste sushi?

Momento de vergüenza.

Oscuro

Acto 2

Jorge, Carlos y Victoria están sentados a la mesa. Terminan de comer.

Jorge – Felicidades por tu paté, Victoria. Estaba delicioso.

Victoria – Gracias... Perdón por los perdigones con los que casi te rompes un diente. Hay que tener cuidado, siempre quedan uno o dos.

Jorge – No es fácil eliminar todos los rastros del crimen, ¿Eh? Pero no sabía que eras una cazadora...

Carlos – No, es curioso, yo tampoco...

Victoria – Hoy en día, esto es algo de lo que evitamos alardear.

Jorge – ¿Lo mataste tú?, pobre jabalí

Victoria – No soy tan buena tiradora... En realidad, fue más... un accidente.

Jorge – ¿Un accidente?

Victoria – Estaba... con Cristina, precisamente. Volvíamos de la cacería con las manos vacías. Y en el camino, este jabalí pasó justo debajo de mis ruedas.

Jorge – Un jabalí deprimido, tal vez. Quería terminar con su vida de cerdo...

Victoria – Sí, sin duda...

Jorge – Bueno... Así que... haces muchas actividades... Caza, golf...

Carlos – ¿También juegas al golf?

Victoria – Sí, un poco...

Jorge – Y... ¿Realmente juegas al golf con Cristina, o es solo una coartada que le diste para coquetear con sus amantes?

Victoria – No, no, realmente jugamos al golf, te lo aseguro. Es una muy buena jugadora, por cierto...

Jorge – Sí... Por lo que me dicen, le encanta meter las pelotas en el hoyo. En muchos hoyos.

Carlos – Tendrás que llevarme algún día, ¿eh, Victoria? Yo también podría probar a jugar al golf.

Jorge – En fin, tienes que darme la receta de tu pastel de jabalí. Ah no, es verdad, lo siento... Eso también es un secreto...

Silencio avergonzado.

Carlos – ¿Quieres un poco más de ensalada?

Jorge – Gracias, pero ya no puedo tragar nada...

Victoria – Si quieres, puedes irte a descansar.

Jorge – Con lo que me está pasando, no estoy seguro de poder dormir... Pero es bueno saber que en casos como este, puedo contar con mis amigos.

Carlos – Estás en tu casa, Jorge...

Victoria – ¿Un pequeño postre?

Carlos – Tenemos helados en el congelador.

Jorge – Gracias, estaré bien... Voy a lavarme las manos, si me lo permites

Jorge se levanta.

Victoria – En el baño, más bien, la cocina está un poco desordenada...

Jorge sale. Victoria termina de comerse lo que queda del pastel de jabalí.

Carlos – Está bien, parece que este asunto te lo has tomado a bien... En cualquier caso, no se te ha quitado el apetito...

Victoria – ¿Ayudaría algo si me dejo morir de hambre?

Carlos – ¿Qué te llevó a decirle que eras una cazadora?

Victoria – No lo sé... Se me ocurrió así... Tuve que inventar algo... para evitar que entrara a la cocina.

Carlos – ¿Y ese pastel? ¿Qué es exactamente? Creo que no debería hacer la pregunta...

Victoria – No, no... Eso sí es verdad... Es pastel de jabalí...

Carlos – Tendremos que hablar también del golf, porque eso del golf no me quedó muy claro...

Victoria – No tengo nada que ocultar...

Carlos – Aparte de un cadáver... Repito mi pregunta por última vez: ¿No es una broma? Porque sería realmente de mal gusto. Te recuerdo que el viudo está en la habitación de al lado...

Victoria – Ve a echar un vistazo al congelador, si quieres. Pero te advierto, no es agradable de ver.

Carlos – No quiero ver nada. Y no quiero saber nada.

Victoria – Difícilmente puedes decir que no lo sabías... No hablamos de bebés congelados allí, escondidos entre dos pilas de filetes picados. Estamos hablando de una mujer de un metro ochenta, dividida en tres partes de sesenta centímetros...

Carlos – Pero eres un monstruo... Descuartizar un cadáver, ¿Sabes cuántos años nos pueden caer por esto? ¿Quieres que me pase los mejores años de mi vida en prisión?

Victoria – Estamos en el mismo barco, Carlos. Nos toca remar en la misma dirección o nos hundiremos juntos...

Jorge regresa.

Jorge – La llamaré.

Carlos – No estoy seguro de que sea una buena idea.

Jorge – ¡Tiene que saber que la dejo!

Carlos – ¿No quieres pensar un poco más?

Jorge – Eso es lo único en que pienso, te lo aseguro. Nunca le perdonaré lo que me hizo.

Victoria – Pero cuando se trata de algo como eso... tal vez debas esperar hasta mañana, ¿No crees?

Jorge – Si no me ve llegar a casa esta noche, se preguntará dónde estoy. Y llamará a la policía.

Carlos – Ah sí, en este caso... Puede ser mejor avisarla.

Victoria – En el estado en que está, me sorprendería si llama a la policía, pero...

Jorge – ¿En el estado en que está...?

Victoria – Quiero decir... Puede que ya se esté preguntando algo, y probablemente no se sienta muy cómoda con todo.

Carlos – ¿No prefieres irte a casa, simplemente? Mañana será otro día...

Jorge – Nunca podré dormir otra noche bajo el mismo techo que esta cabrona.

Carlos – ¿Crees que estás en condiciones de hablar con ella?

Jorge – No, pero no te preocupes, no voy a comenzar a hablar con ella sobre vender la casa y quedarse con el perro. Le diré que se comunique con mi abogado. Y esa eres tú.

Victoria – ¿Entonces eres tú quien se encargará del divorcio?

Carlos – No lo sé... Sí... Jorge me preguntó...

Victoria – Bueno... si quieres, llámala ahora... ¿quieres que te dejemos solo? No quiero molestar.

Jorge – No me molestas, al contrario.

Jorge marca el número. Oímos sonar el teléfono de Cristina en la habitación de al lado.

Jorge – Es extraño, parece que está sonando aquí al lado...

Victoria – Debe ser el mío.

Carlos – Bueno, ¿No vas a responder?

Victoria – Sí, sí... ya voy...

Se va.

Jorge – Nadie contesta...

Carlos – Sí... eso no me sorprende.

Jorge – ¿Por qué dices eso?

Carlos – Si vio aparecer tu número y sabe por qué la llamas... es posible que no quiera responder.

Jorge – Es ella... ¿Cristina? Lo sé todo. ¿Todo de qué? Por supuesto, hazte la inocente, además. (*Pausa*) ¿Cómo es que te llamas a ti misma en encuentrossinropa.com? Ah sí, Cristina 327. Seguramente que ya hay 326 imbéciles con tu nombre en este sitio. ¡asquerosa! (*Pausa*) ¿Entonces eso es todo lo que puedes decir? Pobre mujer. Se acabó, Cristina 327. La próxima vez que tengas algo que decirme, habla con mi abogado. Lo conoces muy bien, es Carlos. ¡Si, Carlos! El marido de Victoria, tu mejor amiga. Te corta, ¿eh? ¡Vamos, que tengas una buena noche, gilipollas! (*Guarda su móvil*) Que bien sienta desahogarse, coño

Carlos está asombrada.

Carlos – ¿Quién era?

Jorge – ¿Cómo que quién? ¡Ella! ¿Quién quieres que sea?

Carlos – ¿Cristina? ¿Y qué dijo ella?

Jorge – No mucho. ¿Qué iba a decir? Lo extraño es que tenía una voz distinta. Creo que me voy a tomar una aspirina. Tengo una migraña que me está comenzando... ¿Puedo tomar agua del grifo del baño?

Carlos – Sí, adelante.

Jorge – ¡Ese montón de mierda...!

Jorge se va. Victoria regresa.

Victoria – ¿Cómo estás? ¿Qué pasó?

Carlos – ¡Me jodiste bien!

Victoria – ¿Qué?

Carlos – Jorge, habló con Cristina por teléfono.

Victoria – Fui yo.

Carlos – ¿Qué?

Victoria – ¡El móvil de Cristina! Estaba en su bolsillo, así que, por supuesto... respondí, para no levantar sospechas.

Carlos – ¡Dios santo! Por eso me dijo que tenía una voz distinta.

Victoria – Hice un truco que aprendí en un programa de la televisión. Hablé a través de un pañuelo.

Carlos – Eres una enferma...

Victoria – De esa manera, tendremos una coartada. No he podido haberla matado hace una hora aquí, ya que ella ha hablado con él por teléfono.

Carlos – A menos que la policía tenga la idea de geolocalizar la llamada. Y descubran que vino de nuestra cocina.

Victoria – ¿Crees que podrían ser tan competentes?

Carlos – Estamos hablando de un crimen de todos modos.

Silencio. Victoria finge llorar.

Victoria – Si supieras cuánto lo siento... Si pudiera volver atrás una hora... Desafortunadamente, no es posible...

Carlos – ¿Realmente la mataste porque no le gustó tu obra?

Victoria – No... no solo por eso...

Carlos – ¿Entonces por qué?

Victoria – Me dijo que se había acostado contigo.

Carlos – ¿Qué? ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

Victoria – Quería ver si me lo contabas espontáneamente...

Carlos – Entonces, tampoco creíste cuando te dije que era un simple malentendido.

Victoria – Cristina no me dijo que para él fue un malentendido. Ese es el problema...

Carlos – ¡Esa zorra...! ¡La mataré!

Victoria – Ya no puedes hacer eso. Ya lo hice yo. Solo te pido que me ayudes a deshacerme del cuerpo. Si es que me quieres... ¿Me quieres?

Carlos – Por supuesto que te quiero. ¿Cómo puedes dudar?

Victoria – Te creo.

Carlos – ¿Qué hay de mí? ¿Me crees si te digo que me acosté con ella por error?

Victoria – Estoy intentándolo... Debo admitir que no es fácil...

Carlos – ¿Qué puedo hacer para demostrarte cuánto te quiero...?

Victoria – Ya has hecho mucho. Pero tienes razón, no tengo posibilidad de salir de esta situación tan fácilmente y no quiero llevarte conmigo a la cárcel por ser mi cómplice. Llamaré a la policía.

Carlos – ¡No, espera!

Victoria – ¿Qué?

Carlos – No quiero que vayas a la cárcel y mucho menos por tantos años.

Victoria – ¿Pero qué hacemos?

Carlos – Te ayudaré a hacer desaparecer a Cristina...

Victoria – ¿Y cómo hacemos eso?

Carlos – Créeme, como abogada, muchos clientes me han contado sus pequeños secretos. Y aprendí algunos métodos simples como meter el cuerpo de un chico de casi dos metros en el desagüe de una bañera, después de una buena noche de sueño en un baño de sosa cáustica.

Victoria – Bien...

Carlos – Pero primero tendremos que deshacernos de él.

Victoria – ¿Deshacernos de él?

Carlos – ¡Quiero decir... que nos deje en paz!

Victoria – Me has asustado

Jorge regresa.

Jorge – ¡Qué dolor de cabeza! ¿Hay problemas ?

Carlos – No, no, para nada.

Jorge – He intentado dormir un poco, pero no puedo.

Victoria – ¿Y si tomáramos una copa para relajarnos un poco?

Jorge – No lo sé, con las pastillas que tomé... Es mejor no mezclar, no?

Carlos – Vamos, una copita nunca lastima a nadie.

Jorge – Bueno... Creo que sí necesitaré un digestivo. Porque ese jabalí me cayó pesado en el estómago... Estaba muy bien, pero... estaba un poco pesado, ¿no?

Carlos sirve tres vasos y discretamente coloca una pastilla en uno de ellos.

Victoria – Ah, sacaste el alcohol para quemar...

Jorge – Licor de bellota...

Carlos – Una especialidad del pueblo donde nació.

Jorge – ¡No me digas!

Victoria – Carlos tiene un tío que vive allí. Un eclesiástico. Lo destila por la noche clandestinamente en la cripta de su iglesia.

Jorge, con el pensamiento en otro lugar, solo los escucha con un oído.

Jorge – No sé dónde podría recibir a sus amantes.

Victoria – Hay hoteles en todas partes, ya sabes.

Jorge – Era tan tacaña. Me extrañaría que gastara en un hotel. Por cierto, créeme, después de ver las fotos de sus conquistas... No estaba escogiendo muy bien la mercancía...

Carlos – Gracias...

Jorge le da una mirada intrigada.

Victoria – ¿Pero por qué hablas de ella en el pasado?

Jorge – ¿Perdona?

Carlos – Dijiste que era tan tacaña.

Jorge – Porque para mí está muerta.

Carlos – Vamos, no digas eso.

Jorge – O, es una amiga que le prestó su apartamento... En estos casos, las mujeres son muy solidarias, por desgracia. No digo eso por ti, Victoria, por supuesto...

Victoria le da de beber.

Victoria – Vamos, estás dolido... Bebe un poco, más bien.

Jorge (bostezando) – No sé lo que tengo... Hace un momento, no podía cerrar los ojos, pero ahora... Creo que me iré a dormir...

Jorge cae al suelo.

Victoria – Las pastillas le hicieron el efecto, finalmente...

Carlos – Y el somnífero que agregué en su vaso.

Victoria – ¿No has hecho eso...?

Carlos – Ahora nos dejará en paz, y podremos deshacernos del cuerpo.

Victoria – ¿El suyo?

Carlos – ¡Cristina va primero! Ayúdame, lo pondremos en la habitación de invitados. Se despertará mañana por la mañana y ya será viudo oficialmente.

Victoria – Incluso se ha librado de las complicaciones de un divorcio.

Carlos – Al fin y al cabo, es un servicio que le damos.

Lo llevan por los pies detrás del escenario y regresan de inmediato.

Victoria – ¿Qué hacemos con Cristina?

Carlos – Sosa cáustica, puede ser un proceso un poco largo y tedioso.

Victoria – Especialmente si Jorge quiere bañarse mañana por la mañana...

Carlos – Tienes razón...

Victoria – Vamos a dividir a Cristina en tres bolsas de basura. Y la llevamos a pasear por el bosque...

Carlos – O a un zoológico. Ya lo he visto en una película... Lo lanzamos en la jaula de los leones, ellos se la comen, y ya está.

Victoria – ¿Te imaginas lo que pensarán los de la seguridad del zoológico cuando nos vean entrar con tres bolsas de basura?

Carlos – ¿Crees que podremos saltar la cerca por la noche?

Victoria – La enterramos en el bosque, entonces. Tengo una pala en el cobertizo del jardín.

Carlos – ¿Quieres que te ayude?

Victoria – Me encargaré de ella. Te vas a ensuciar...

Carlos – Como quieras...

Victoria sale.

Carlos – Espero no estar cometiendo una estupidez, pero... ya es demasiado tarde para volver atrás.

Se traga otra copita para darse ánimo. Suena su teléfono celular.

Carlos – Hola?... *(Pausa)* ¿Cristina? Si es una broma, es de muy mal gusto. ¿Eres tú Victoria? Lo siento, Cristina, ¿Eres realmente tú? No, no, no estoy sorprendida, pero... Bueno, sí, un poco, de todos modos... Ah, olvidaste tu teléfono móvil aquí. *(Pausa)* Sí, ella me habló de vuestra... pelea... ¿Pero por qué le dijiste eso? Bueno, ya está hecho... Tenía que salir a la luz algún día... *(Pausa)* OK, le diré... Gracias por llamar. Por cierto, ¿hablaste con Jorge? Sí, creo que él sospecha algo. Podríamos decir que sí... OK... *(Cuelga)* ¡La muy cabrona, se ha burlado bien de mí!

Victoria regresa, con bolsas de basura.

Carlos (*como si nada hubiera pasado*) – ¿Entonces... eso es todo?

Victoria – Sí. Me ha llevado un poco de tiempo, con la escarcha, las piezas comenzaron a pegarse al fondo del congelador... Tuve que usar un picahielos...

Carlos – Pobre Cristina... Me hace raro verla así, yendo al gran reciclaje...

Victoria – De todos modos, no sé cómo agradecerte. Es una increíble prueba de amor.

Carlos – ¿Entonces me perdonas por este adulterio involuntario?

Victoria – Por supuesto... Me mostraste cuánto me amabas.

Carlos – Y te perdono por poner a tu mejor amiga en mi cama, sin decirme, ¿de acuerdo?

Victoria – Todavía tengo dos bolsas para llevar.

Carlos – Te ayudaré...

Victoria – ¿Estás seguro?

Carlos – Como dijiste antes... Para bien y para mal ...

Salen. Jorge llega.

Jorge – ¿Están ahí? ¿Qué hice con mi teléfono?

Mira las bolsas de basura con curiosidad. Mientras busca su teléfono celular, encuentra la blusa manchada de sangre debajo del cojín del sofá... Intrigado, empieza a salir lentamente de su letargo. Abre una bolsa y la cierra de inmediato, horrorizado. Los otros dos llegan con las otras dos bolsas.

Victoria – Jorge, ¿qué haces aquí?

Carlos – ¿No estabas durmiendo?

Jorge – No... Bueno, si ... Olvidé mi móvil...

Victoria – Estábamos a punto de sacar la basura...

Jorge – Me voy a la cama. No se preocupen por mí...

Jorge sale, visiblemente asustada.

Victoria – ¿Crees que sospecha algo?

Carlos – Tal vez deberíamos eliminarlo también, ¿verdad?

Victoria – No sabía que estabas listo para matar por mí. Casi me asusta...

Carlos – ¿Conoces la canción de Piaf? ¡Himno al amor! (*Cantando, exaltado*)
“Renegaría de mi patria, renegaría de mis amigos, si tú me lo pidieras.”

Victoria – Escucha, tengo que confesarte algo...

Carlos – ¡No me digas que mataste a alguien más!

Victoria – No, precisamente... Bueno, sí, pero...

Carlos – Pobre Cristina... Era una amiga, después de todo. Me gustaría decir un último adiós. ¿En qué bolsa metiste la cabeza?

Victoria – Si yo fuera tú, no haría eso...

Carlos – Creo que necesitamos hablar un poco, ¿no crees?

Victoria – OK, no es Cristina la que está en las bolsas de basura.

Carlos – ¿Cómo que no es Cristina? ¿Mataste a alguien más?

Victoria – No, quiero decir, no maté a nadie... ¿Cómo puedes pensar eso?

Carlos – Ya no estoy seguro... (*Abre una bolsa y su sonrisa se congela*) No... ¡Pero qué horror...! ¿Entonces sí realmente mataste a alguien?

Victoria – ¡No, no! Pues sí, pero...no.

Carlos – ¿Qué es esto?

Victoria – El jabalí...

Carlos – ¿El jabalí? Pero definitivamente, Victoria, no eres una cazadora ¿o es algo más que me habías ocultado?

Victoria – No lo cacé, te lo aseguro. Pero la historia del jabalí era cierta.

Carlos – No era una broma... Me gustaría que me hablaras más sobre eso...

Victoria – Estaba con Cristina, precisamente. Habíamos jugado al golf.

Carlos – Golf ahora... ¿No me digas que durante el juego, entre los hoyos diecisiete y dieciocho, mataste a un jabalí con una pelota de golf?

Victoria – Volvíamos del golf, en coche. En medio del bosque, chocamos contra un jabalí. Casi nos matamos, imagínate tú chocando con un jabalí de 200 kilogramos, a 90 kilómetros por hora. Puedo decirte que es todo un desastre, incluso con un gran cuatro por cuatro.

Carlos – Sí, supongo...

Victoria – Nos salimos del camino... Cristina se golpeó ligeramente.

Carlos – ¿Y qué?

Victoria – Como todavía estaba viva, decidí llevarla a un veterinario.

Carlos – ¿A Cristina?

Victoria – ¡Al jabalí! Era una hembra... La pusimos en el maletero. Solo que, cuando llegó al veterinario, había sucumbido a sus heridas.

Carlos – ¿Quién?

Victoria – ¡El jabalí!

Carlos – Está bien...

Victoria – Como estaba en el maletero de todos modos, no sabíamos qué hacer con ella. Fue entonces cuando Cristina tuvo la idea de hacer un pastel...

Carlos – Idea brillante... Pero entonces, ¿por qué todo este circo?

Victoria – Cortando a la bestia, Cristina me dijo que se había acostado contigo...

Carlos – Destruir este cadáver de jabalí, eso debe haberla inspirado... ¿Y qué te dijo entonces? Porque ella sabía que estaba en mi cama, de todos modos.

Victoria – Sí, por eso se sintió culpable. Quería aliviar su conciencia.

Carlos – ¿Su conciencia? ¿Cristina?

Victoria – Tienes razón, creo que ella especialmente quería humillarme. Mientras se refugiaba en el hecho de que era adulterio involuntario... como tú dices.

Carlos – ¿Y qué?

Victoria – Finalmente confesó que sabía muy bien lo que estaba haciendo... y tú también, probablemente...

Carlos – La muy cabrona... Te lo juro...

Victoria – En resumen, nos hemos liado a hostias

Carlos – Y por eso la sangre en la blusa...

Victoria – No, esa es la sangre del jabalí, cuando lo pusimos en el maletero...

Carlos – Ya veo...

Victoria – Después, nos reconciamos, le presté otra blusa y se fue.

Carlos – ¿Y después?

Victoria – Cuando llegaste, todo lo que quería era sacarte la verdad. Que no me lo contaras hizo que me sintiera engañada.

Carlos – Lo siento. Pero te juro que yo no sabía...

Victoria – Ahí fue cuando tuve esa idea. Me vino así. Matar a esta pobre bestia, me puso en un segundo estado. Encontré la receta en internet.

Carlos – ¿Qué receta?

Victoria – ¡La receta del pastel de jabalí! Para castigarte, te dije que había matado a Cristina. Para ver cómo reaccionarías. Y después de eso, todo fue una reacción en cadena...

Se oye una sirena de policía. Carlos ve la blusa que sobresale de una bolsa.

Carlos – Debí ser Jorge... Vio las bolsas y la blusa... Seguramente llamó a la policía...

Hay un golpe violento en la puerta. Jorge llega con un gran cuchillo en la mano.

Jorge – No os acerquéis a mí, sois una gente enferma...

Carlos – Cálmate, te explicaremos todo. Es solo una broma estúpida...

Victoria – No es Cristina la que está en esas bolsas de basura, te lo aseguro.

Jorge – ¡No se muevan, o disparo!

Victoria – Es un cuchillo...

Carlos – Abriré una bolsa, espera, juzgarás por ti mismo.

Carlos le muestra el contenido de una bolsa.

Jorge – ¿Pero ¿qué es este horror?

Victoria – ¡Es un jabalí! Mira Hay mucho pelo.

Jorge – Cristina también, ¡tenía mucho cabello!

Carlos – No en este punto...

Jorge – ¿Cómo lo sabes?

Voz en off – ¡Policía!

Victoria – ¿Eres tú quien los ha llamado? Es mejor que les expliques.

Carlos – No va a ser fácil...

Jorge – OK...

Jorge se va.

Victoria – Lo siento. Fue estúpido de mi parte. Pero me sentí traicionada...

Carlos – Es mi culpa... Debí haberte contado todo de inmediato. Pero bueno, tenía miedo de que no me creyeras...

Victoria – Ambos nos comportamos como idiotas.

Carlos – Igual que no es una solución esconder el polvo debajo de la alfombra... Siempre termina sabiéndose la verdad...

Victoria – Sí. Por eso es mejor que también se lo digas.

Carlos – ¿Qué?

Victoria – ¡A Jorge! Lo de Cristina.

Carlos – Creo que tienes razón. De todos modos, ella lo está engañando con todo lo que se mueve.

Victoria – Sí, pero tú, eres su mejor amigo...

Jorge regresa.

Jorge – Todo está arreglado, ya se fueron. Disculpen, no sé lo que me llevó.

Carlos – Todos estamos un poco perturbados esta noche... Debe ser la luna llena...

Jorge – No sabía que era la luna llena.

Carlos – De todos modos, si no es la luna llena... ya no sé lo que puede ser...

Victoria – Os dejo, creo que tienen cosas que decirse...

Victoria sale.

Jorge – ¿Qué quiso decir?

Una pausa.

Carlos – Me acosté con Cristina.

Jorge – ¿Qué?

Carlos – Lo juro, fue... totalmente involuntario.

Jorge – ¿Entonces la historia que me contaste antes... eras tú y Cristina?

Carlos – Quería decírtelo durante mucho tiempo, pero no sabía cómo.

Jorge – ¿Pero cómo es posible?

Carlos – La cabrona de Victoria le prestó nuestra cama de matrimonio para sus citas y yo...

Jorge – OK, te creo... Y no quiero saber más... Eres mi mejor amigo ¿no?

Carlos – Gracias Jorge.

Jorge – Nos pasa a todos cometer errores cuando estamos demasiado borrachos.

Carlos – Bueno... Yo no había bebido nada, pero...

Jorge – Sea lo que sea... No es el problema, ¿verdad? Es Cristina, la zorra. Es mejor que no la tenga frente a mí en este momento, ¡podría matarla!

Carlos – No matamos a alguien así, tranquilízate... Pero si necesitas un abogado, estoy aquí... Por tu divorcio, quiero decir...

Jorge – Gracias... Bueno, creo que mejor me voy. Debes tener cosas que pensar también... Voy a dormir en la casa de mi madre. Le diré que olvidé mis llaves.

Carlos– Cuidate... Mañana, lo verás más claramente... Todos veremos más claramente...

Jorge se va. Victoria regresa. Se sientan en el sofá y permanecen en silencio por un momento.

Victoria – ¿Fue realmente involuntario?

Carlos – Digamos que fue... inconsciente, entonces.

Victoria – OK, fingiré creerlo.

Se abrazan.

Carlos – Pero es cierto que desde entonces se me ha despertado mi libido...

Victoria – Sí, lo noté. Me preguntaba a qué se debía.

Carlos – Deberíamos hacer esto más a menudo.

Victoria – ¿Quieres decir... esas reuniones a ciegas en nuestra cama de matrimonio...?

Carlos – ¿Tienes otras amigas a las que les dejaste el piso para follar con sus amantes?

Victoria – Estaba pensando más bien en lo recíproco. También debes tener amigos que engañen a sus mujeres...

Carlos – Lo siento, solo tengo amigos fieles.

Se besan.

Oscuro

Epílogo

Tres maletas están dispuestas en una esquina de la sala de estar. Victoria llega desde el exterior y se quita el impermeable.

Victoria – ¡Cariño! ¿Estás aquí?

Carlos entra.

Carlos – ¿Cómo te fue?

Victoria – Les encantó mi nueva obra de teatro. Decidieron producirla para el otoño.

Carlos – ¡No! ¡Pero es fantástico!

Victoria – Y encontraron el título asombroso.

Carlos – “Un pequeño asesinato sin consecuencias...” Suena mucho mejor que “Microondas”.

Victoria – Hay que decir que es experiencia propia...

Carlos – O casi...

Se besan.

Victoria – Finalmente, todo terminó bien.

Carlos – Siempre creí en ti... Incluso cuando me contabas esos cuentos chinos...

Victoria – Esta prueba nos habrá acercado más. Te prometo que nunca más te mentiré.

Carlos – Y yo nunca te esconderé nada otra vez.

La mirada de Victoria cae sobre las maletas.

Victoria – ¿Qué son estas maletas? (*Preocupada*) ¿Me vas a dejar? Después de todo lo que me acabas de decir...

Carlos – Estas son las maletas de Jorge. Me preguntó si podía pasar la noche aquí. Creo que no le fue bien con Cristina... Y ya no sabe a dónde ir.

Victoria – Qué molestia...

Carlos – Le debemos eso...

Victoria – Bien... Pero no más de una noche, así que ...

Suena el timbre.

Carlos – Esa debe ser él...

Victoria – OK, traeré el champán.

Carlos – ¿Para celebrar el divorcio de Jorge?

Victoria – ¡Para celebrar la edición de mi obra! Lástima, tendremos que compartirlo con él.

Victoria sale. Carlos abre y vuelve con Jorge.

Carlos – No te ves muy bien. Tuviste una pelea, ¿verdad?

Jorge – Escucha, Carlos... creo que cometí un error.

Carlos – Me asustas, Jorge... ¿Qué clase de estupidez cometiste?

Jorge – Creo que maté a Cristina.

Carlos – Oh no, esto no puede volver a pasar. ¡No dos veces!

Jorge – Teníamos una pequeña discusión, los dos. Rápidamente se puso demasiado grosera y le dije que se fuera de la casa de inmediato.

Carlos – Y después.

Jorge – Bueno... fue a buscar sus maletas. Después de eso todo se salió un poco de control.

Carlos – ¿Un poco?

Jorge – Estaba cortando un pollo... Tenía un cuchillo eléctrico en la mano y... me dejé llevar.

Carlos – ¿Pero dónde está? ¿En el hospital?

Jorge – Desafortunadamente, ya era demasiado tarde para las urgencias. Solo quería asustarla. Se acercó para desafiarme. Tuve un gesto reflejo y... le corté la arteria carótida.

Carlos – Oh, Dios mío... La pesadilla continúa. ¿Dónde está ella?

Jorge señala sus maletas.

Jorge – Bueno... en las maletas...

Carlos – ¿No?

Jorge – Necesito tu consejo, Carlos.

Carlos – ¿Mi consejo como abogado? No voy a engañarte con falsas esperanzas, Jorge... Esto no podemos pasarlo por un accidente doméstico...

Jorge – Pensé en pasarla por el sifón del baño después de un pequeño baño de sosa cáustica...

Carlos – Tendré que hablar con Victoria...

Victoria regresa, contento, blandiendo una botella de champán.

Victoria – ¡Champán!

Las otras dos lo miran.

Oscuro

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de ochenta comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (<https://comediatheque.net/>). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español:

Comedias para 2

El Joker
El Último Cartucho
EuroStar
Los Náufragos del Costa Mucho
Zona de turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
Plagio
Por debajo de la mesa
Un pequeño asesinato sin consecuencias

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Después de nosotros el diluvio
Foto de Familia
Sin flores ni coronas
Strip Poker
Un Ataúd para Dos

Comedias para 5 o 6

Crisis y Castigo
Pronóstico reservado

Comedias para 7 a 10

Bar Manolo
El pueblo más cutre de España
Milagro en el Convento de Santa María-Juana

Comedias de sainetes (sketches)

Breves del tiempo perdido
Ella y Él
Muertos de la Risa

*Este texto está protegido por las leyes
relativas al derecho de propiedad intelectual.
Toda copia es susceptible de una condena,
hasta de 300 000 euros y 3 años de prisión.*

París – Setiembre de 2019
© La Comédiathèque – ISBN 978-2-37705-274-5
<https://comediatheque.net/>